

política —partidos, sindicatos, Parlamento, Gobierno— representativa. En otras palabras: dadas las relaciones entre teatro y sociedad, la degradación teatral de Valencia corresponde, como en tantos lugares, a la degradación de su civismo.

El hecho de que todos los "grandes teatros" de Valencia estén cerrados al servicio de espectáculos banales y que el Valencia Cinema y el Micalet aparezcan como dos francotiradores, confirma, inevitablemente, una determinada y peligrosa imagen teatral. Miles de valencianos creen que en el Principal o en la Princesa hacen el teatro "profesional", por compañías "que vienen de Madrid" y actores que salen en las revistas, el cine y la televisión, mientras en el Valencia Cinema y en el Micalet presentan espectáculos difíciles, hechos por aficionados, con frecuencia muy politizados, para universitarios y para gente joven.

Lo que hay por delante es, pues, un profundo trabajo político y cultural. Que, en cuanto al teatro se refiere, haga de él un instrumento de expresión cívica, conquistando para ello los necesarios teatros en todo el país. Porque, naturalmente, Valencia es sólo una parte del problema, y habrá que rescatar muchos locales, a veces de propiedad municipal —como, por ejemplo, es el caso de Alcira—, cerrados o generalmente dedicados al cine.

Inútil insistir en la responsabilidad de la prensa, de los partidos políticos, de los parlamentarios, de los futuros concejales electos, de cuantos tienen una representatividad ciudadana, en el curso de un proceso teatral que es inseparable del proceso político. Y que, evidentemente, contribuirá también a corregir mucha de la obligada ingenuidad y demagogia de los movimientos "marginales", falto de esa responsabilidad que, dicho con palabras de Sartre, "ensucia las manos" y coloca el trabajo en su realidad dialéctica.

En este contexto, la conquista del Principal por los intereses culturales de la ciudad es importante. Si el día de la manifestación proautonomía presentaba "Casto ella, casto él", ahora, cuando los parlamentarios negocian la preautonomía, ofrecen "Sé infiel y no mires con quién". ¿Tiene esto algún sentido tratándose de un teatro de la Diputación?

En mayo vence el período cubierto por el último curso-subasta, del que fue eliminada una sociedad valenciana de amigos del teatro, en la que estaban integradas las fuerzas culturales más progresistas de la ciudad. La eliminación se hi-

zo alegando —por presión recibida desde Madrid— una irregularidad en el depósito de la fianza...

Es lógico que así fuera dentro de la historia que entonces se vivía. Como lo sería el que, ¡al fin!, en mayo el teatro Principal se convirtiera, quizá a través de esa misma sociedad, que ahora, renovada, volverá al ataque, en un centro dramático responsable al servicio de Valencia y del País Valenciano. ■ J. M.

Ricardo Domenech, director de la Escuela Superior de Arte Dramático

En la paupérrima vida teatral española de tantos años, la Real Escuela Superior de Arte Dramático ha ocupado el puesto que lógicamente le correspondía. Profesores serios y valiosos nunca han faltado en el centro y etapas ha habido en que desde la dirección —¿cómo no recordar, por ejemplo, la etapa de Herman Bonnin, que luego ha hecho en el Instituto del Teatro de Barcelona lo que aquí sólo inició?— se luchó por modificar los planes de estudios y crear una Escuela a tono con lo que se hacía en otros países y se consideraba deseable para el nuestro. Pero es obvio que una Escuela oficial sólo puede transformarse e incidir sobre la vida teatral en la medida en que la política cultural de la Administración lo permita, y aquí esa política ha sido casi siempre un freno o un techo.

Prueba de ello ha sido la distancia que siempre ha habido entre la Escuela y la profesionalidad. La inmensa mayoría de nuestros actores han accedido al carnet a través del meritaje, sin esa etapa de información, formación sistemática y concienciación artística que sería deseable.

El resultado de todo ello —y aquí también cabría invertir la argumentación, porque la inoperancia de la Escuela es, más que causa, la consecuencia de una concepción puramente mercantil y no cultural del teatro mantenida desde el Estado— ha sido que la Real Escuela Superior de Arte Dramático, pese a su "oficialidad", al valor teórico de sus títulos, a sus cate-dráticos por oposición, a la importancia de sus instalaciones,

etcétera, etcétera, ha vegetado en una extraña ambigüedad, lejos de los escenarios y, a la vez, sin fuerza para proponer, siquiera en términos de investigación, una alternativa, un "tipo de actor", un discurso artístico que tener en cuenta. La Real Escuela Superior de Arte Dramático estaba, en fin, sumergida en ese infantilismo que la Administración "otorgó" a cualquier estudio del teatro.

Mientras tanto, sin embargo, ha sucedido un hecho muy positivo que con gusto recogemos. Nombrado Rafael Pérez Sierra, que llevaba algo más de un año de esforzada gestión al frente de la Escuela, para el cargo de director general de Teatro, su vacante ha sido cubierta por Ricardo Domenech. Previamente a la designación oficial se había celebrado una votación del claustro de profesores, obteniendo una amplia mayoría: 21 votos frente a los 10 que se repartieron entre los otros dos aspirantes. El nombramiento ha sido, pues, la ratificación de los deseos de profesores y alumnos, que al elegir a Ricardo Domenech —crítico y estudioso teatral, autor de varios libros y numerosos prólogos, redactor de "Primer Acto" durante más de quince años, profesor de la Escuela de Arte Dramático, caracterizado siempre por su información, su progresismo y su independencia—, elegían una "imagen" de la Escuela y un futuro. El hecho de que Domenech presentara a José Estruch, Angel Gutiérrez, José Hormigón y Pilar Francés como sus más inmediatos colaboradores prueba ya su línea de trabajo, tanto si nos atenemos a la personalidad de cada uno, como a su seria dedicación —en su respectivo campo— a la investigación teatral, como a su misma y saludable heterogeneidad ideológica.

El momento es bueno para

intentar hacer algo. Al período de tránsito que atraviesa todo el país, debería añadirse la elaboración del anteproyecto de Ley de Enseñanzas Artísticas, para el que habrá de resultar positiva la presencia de Matías Vallés en la Dirección General correspondiente del Ministerio de Educación Nacional. Conseguir un Estatuto del Profesorado, incorporar a la Escuela cuantos puedan hacer un trabajo útil, preparar buenos actores, formar directores y escenógrafos, dignificar los títulos, conectar con los sindicatos, integrar al alumnado en la gestión del centro, aproximarse definitivamente a la profesionalidad, organizar cursillos o seminarios... Esas y otras muchas ideas parecidas andan ahora en la mente de Ricardo Domenech y de cuantos profesores deben creer —¿cómo no pensar en gentes como Paco Nieva, "enclaustrado" durante tantos años como profesor de escenografía?— que ha llegado el difícil, complejo y batallador momento de darle a la Real Escuela Superior de Arte Dramático el papel que le corresponde según el sonoro nombre con que aparece en el reparto de la vida teatral española. ■ J. M.

MUSICA

Algunos datos sobre "Octubre"

Quando Eisenstein se hallaba a mitad del rodaje de "La línea general", el Comité oficial para la conmemoración de la Revolución de 1917 le encargó una



"Octubre", de S. M. Eisenstein (1927).